

## La libertad como método

He vivido la mayor parte de mi vida adulta en una situación de muy escasa libertad; en grandes porciones de ese tiempo, mínima. En este tipo de situaciones, las posibilidades que se ofrecen son pocas, y no muy agradables. La más fácil y frecuente es la entrega, la renuncia a la libertad. Otra consiste en la renuncia a la vida pública y el paso a la clandestinidad, desde la cual se lucha -a veces solamente se dice que se lucha- contra la opresión. Ni una ni otra me tentaron nunca. Preferí una tercera: *tomarme el máximo posible de libertad* – pagando por ello el precio necesario-. Siempre he creído que siempre queda un resto de libertad: la que uno se toma. Como escritor, no podía renunciar a la libertad, y la clandestinidad desdecía de mi vocación. Así he conseguido escribir una obra muy extensa, de varios millares de páginas impresas y reimpresas, en la que no podrá encontrarse huella de esa falta de libertad; quiero decir que ni una de esas páginas dejó de reflejar mi verdadero pensamiento, ninguna fue escrita por ninguna presión o conveniencia. ¡

Algo que me inquieta profundamente es la propensión a renunciar al ejercicio de la libertad tan pronto como es amenazada o restringida. Basta con que se diga que no hay libertad, o que hay menos, o que tiene riesgos, para que muchos concluyan que no se la puede usar. Es decir, lo contrario de lo que acabo de recordar. Hace unos días, al hablar de la desorientación que evidentemente padece nuestro país, dije que hay que buscar la orientación necesaria, indispensable si queremos seguir hacia adelante, con un único método: la libertad. ¿Qué quiere decir esto?

Los caracoles, tan pronto como se los toca -quizá sólo con que se amague tocarlos- retraen sus cuernos. Pienso que hay que hacer exactamente lo contrario. Cuando se produce una restricción de la libertad en cualquier punto, o una amenaza, o una presión más o menos disimulada, o una descalificación, hay que apresurarse a *ejercer la libertad en todo*, y no sólo en ese punto afectado. La razón de esto es lo que llamo hace mucho tiempo el *sistema de libertades*, o el carácter sistemático de la libertad. Todas las libertades son caras o facetas o aspectos de *la libertad*, que es una e indivisible.

Los enemigos de la libertad -que son tantos, y a veces tan bien enmascarados- conocen muy bien la técnica. Se disminuye, cercena o anula (o desprestigia) *una libertad*; los que sienten la amenaza, se repliegan; los que no están di-

rectamente interesados en esa libertad, se encojen de hombros y dejan hacer. O bien se ataca la libertad perteneciente a un grupo social, profesión o estamento; los demás piensan que «no va con ellos» y no acuden en defensa de ese grupo ajeno, agredido o afrentado. Así se lleva a cabo la eliminación de la libertad «por partes», y al cabo de algún tiempo no queda ninguna, para nadie. Que es lo que se trataba de demostrar.

Sólo esto explica que en muchos países la libertad esté tan expuesta, parezca tan frágil, sufra tan frecuentes eclipses. Hay, sin embargo, la experiencia de algunos en que esto no ha ocurrido nunca o en algún fugaz momento excepcional, tras el cual la libertad rebrota y florece de nuevo. Depende de los ciudadanos pertenecer a uno u otro tipo de países. Quiero decir que tenemos libertad de elegir entre tenerla y perderla; al menos, de esforzarnos o no por conservarla o recobrarla. j

En España, tras unos años de libertad sin restricciones y que prometía un largo incremento, es decir, que auguraba una dilatación de la vida, una ampliación del horizonte de posibilidades, una intensificación de los proyectos, se ha iniciado un proceso de involución que nos trae memorias poco agradables. Pero hay que decir que de hecho persisten las posibilidades de ejercer la libertad -lo estoy haciendo en este momento-. Puede tener algunos inconvenientes, puede acarrear malas consecuencias -menores que durante cuarenta años anteriores, por supuesto-; pero esto no me parece razón suficiente para renunciar. Sobre todo, aparte de la repugnancia que se puede y debe sentir, porque esos inconvenientes son incomparablemente menos graves que los que trae consigo la disminución de la libertad.

Hace unos años propuse! un método fácil y seguro de medir el grado de libertad existente en una sociedad. Consiste en contestarse sincera y verazmente a estas tres preguntas: 1) *¿Qué puedo hacer?* 2) *¿Qué no puedo hacer?* 3) *¿Qué me pueden hacer?* Invito al lector a contestar a estas interrogantes pensando en algunas fechas de nuestra historia; por ejemplo, 1940, 1970, 1980 y 1986. Creo que el resultado sería la evidencia de un retroceso entre las dos últimas fechas, pero a pesar de ello un avance muy grande respecto de la segunda, enorme respecto de la primera. Es decir, que *con poco riesgo* se puede ejercer la libertad en un ámbito considerable.

De ese ejercicio infatigable depende su ampliación y consolidación. Y cuando hablo de restricciones de la libertad no me refiero exclusivamente -aunque sí primariamente- a las que proceden del Poder público; incluyo en ellas las presiones de grupos, medios; de comunicación, manifiestos, sarcasmos, vinculaciones intencionadas con cosas que nada tienen que ver, interpretaciones peyorativas, execraciones en nombre de una autoridad que no se tiene. \_

Imagínese lo que esto significa ante una votación cualquiera, por ejemplo la inminente del referéndum, ó en el horizonte de las ya próximas elecciones. En un régimen democrático -y el nuestro lo es, y lo seguirá siendo si no dimitimos-, la decisión está en manos de los ciudadanos. El estado de ánimo de muchos de ellos -no sé cuántos, pero su número es altísimo- es de fuerte descon-

tentó y decepción (de varios descontentos y decepciones). Es evidente que estos ciudadanos tienen que decidir qué quieren para la conducción de los asuntos públicos de la nación (y de sus comunidades autónomas, ayuntamientos, etc.). Por tanto, ello está en sus manos, y debería expresar su descontento. Así es, pero un considerable número de ellos *no lo creen*; quiero decir que no creen que esté en sus manos, y esa creencia errónea significa que efectivamente no lo está. De ahí la profunda desorientación que se siente en torno.

Basta con rechazar esa convicción que se desliza insidiosamente en las mentes para que la libertad rebrote, para que cada uno vuelva a tomar posesión de sí mismo, de sus posibilidades y de su responsabilidad. Se trata de que cada español se pregunte qué quiere, y todavía más qué desea, y obre en consecuencia. Tan pronto como lo haga, se encontrará, quizá con sorpresa, con la claridad respecto a la figura que quiere dar a España y la evidencia de que no es un sueño o una especulación ociosa, sino *el horizonte real, puesto en sus manos*.

A ese estado de ánimo conviene llamar *orientación*, que consiste en saber qué se quiere y qué se puede realizar. El único método de alcanzarla -en nuestro caso actual, de restablecerla- es aplicar a cada cuestión, es decir, a todas ellas, el ejercicio irrenunciable de la libertad; y digo irrenunciable porque el que renuncia a ese ejercicio lo hace *libremente*, y por tanto con la responsabilidad que pretendía eludir.

No digo a nadie qué deber querer y desear; pido simplemente que cada uno quiera y desee desde sí mismo. Sólo propongo un método: el de la libertad.